

Desarmes. Memorias del sitio de Sarajevo.

Texto y adaptación de Ángel Hernández.

Voces.

Yhet.

Taime.

Tarik.

Inela.

Alma.

Inés.

Primera parte: Miss Sarajevo.

1.

Yeth.

Me detengo. Un hombre que camina demasiado a prisa se desvanece.

Taime.

Corre.

Yeth.

No puedo correr, no en esta condición. Siento cómo el brazo comienza a desplazarse de su sitio.

Taime.

Sujétate el brazo. Corre, hazlo ahora.

Yeth.

Atravieso la calle y él hombre queda atrás.

Taime.

De un momento a otro, las cosas han cambiado. ¿Me escuchas aun?

Yeth.

Te escucho. Hay gente escondida también detrás de los autos.

Taime.

Un auto avanza. Sigue a ese auto.

Yeth.

Un auto avanza y voy detrás. Con ello, puedo atravesar la calle y salir vivo.

Taime.

Cubre tu cabeza.

Yeth.

Bien. Aquí estoy.

Tiame.

¿Cómo va tu brazo?

Yeth.

Mal. Sigue roto.

Taime.

Tendremos que salir de aquí en el siguiente auto.

Yeth.

Veo que alguien de la resistencia ha llegado: se coloca frente a mí. Me hace preguntas que no contesto. Se ríe de mí. Entonces, Taime ha corrido a la acera

contraria sin pensarlo demasiado. Sabe lo que puede ocurrir cuando hay un soldado que ríe, sobre todo, si no hay nada divertido para que el soldado pueda reír.

Taime.

El soldado le pide que le muestre el documento, le pide que le compruebe que no se encuentra armado y aún más: Que está a favor de la misma causa.

Yeth.

“¡*Quéhaces!*”, me está gritando. No puede separar las palabras al momento de hablar. Me desnudo para demostrar que no estoy armado y pongo en alto los brazos.

Taime.

Le va a disparar. Amenaza con hacerlo en el brazo herido. Le grito que se mueva de ahí, pero sabemos que, si huye, el día se podrá peor de como ha comenzado.

Yeth.

Me atraviesa el sonido del serbio mezclado con el alcohol y las pastillas; de la adrenalina que produce el miedo cuando se vuelve conmiseración. “Vete”. Dice. “Vete ahora” Entonces comienzo a correr. Voy al filo de la acera para atravesar la Sniper Avenue, solo con los Nikes puestos.

Taime.

Yeth vuelve a correr, pero ahora en dirección contraria hacia donde debería. No Yeth, hacia esa dirección hay más francotiradores apostados. Vuelve.

Yeth.

Mi chica ahora sonrío. Ella sabe todo. Consigue animarme en el menor tiempo posible. Ella está más atenta a la pulsación de la muerte que a la del amor.

Taime.

Mira a los franceses, mira a los rusos. No tuvieron tanta suerte.

Yeth.

Me dice articulando los labios a lo lejos. «Es cierto», pienso. Y esto es lo que, en general, nos intriga. “¿Por qué nosotros aún seguimos teniendo suerte de estar vivos?”, pregunto a un hombre mayor que está corriendo a mi lado. ¿Por qué los estudiantes bosnios viven con cierta tranquilidad a diferencia de otros que han atravesado conflictos armados en el resto de Europa? ¿Por qué no han terminado de matarnos?

Taime.

Bien, ahora un tiro ha ido a parar en la cabeza del hombre con el que hablaba Yeth. Le grito fuerte. Corre en dirección contraria. Le grito. Ya casi llegas a donde estoy.

Yeth.

Corro tan fuerte como puedo y finalmente veo a Taime cubriéndose detrás de un teléfono público. Al parecer he llegado, pero eso no garantiza nada. ¿Ves esto? Es el resto de mi brazo.

Taime.

Extiéndelo un poco, lo voy a sujetar.

Yeth.

Hemos salido con vida de la universidad.

Taime.

Hemos salido con vida de la universidad y mis ojos no alcanzan a ver con claridad lo que hicimos.

Yeth.

Ahora estamos en tu casa, me atiendes el brazo.

Taime.

Siéntate ahí, por el brazo sobre la mesa.

Yeth.

Tu madre no está.

Taime.

Listo. Mi madre no está, la casa está sola.

Yeth.

Bien. Entonces, nos desvestimos. Vamos a la parte trasera donde está la pequeña cocina y ahí sucede todo.

Taime.

Hay algo que quería preguntarte.

Yeth.

¿Sí?

Taime.

¿Qué pasará después de esto?

Yeth.

¿Tendremos un hijo?

Taime.

De la guerra.

Yeth.

Mi brazo no está listo para esto, pero la sujeto fuerte de la cintura hasta que terminamos juntos. ¿Qué pasará? Vendrán otras guerras.

Taime.

Pulsiones. Luces muy blancas comienzan a impactarnos. ¿Las ves?

Yeth.

¿Cómo no verlas?

Taime.

Pequeñas regresiones a la infancia, al momento de necesitar consuelo: ver a mis primos que nunca veía tener una historia de amor breve con la compañera que me ayudaba a entender el álgebra: *Que-brar-me*. Volver a los libros de la infancia que se tragó el invierno de la antigua Yugoslavia y que al final terminó también por acabar con nosotros dos.

2.

Tarik.

Hay un hombre que dice llamarse Bill Carter, y que habla de activar una acción en contra del sitio a la ciudad. ¿Les interesa conocerlo?

Yeth.

No lo sé. He escuchado lo que dice, pero Carter olvida que hay cosas que no necesitan salir por televisión para terminar de ser importantes.

Inela.

Algunos colectivos de artistas, en su mayoría militantes de la resistencia, se reúnen hoy y sabemos donde.

Yeth.

Bien vamos allá.

Tarik.

Hola, Bill. Él es Yeth.

Yeth.

Hola. Este soy yo y ella es Taime. Y esto es lo que queda de mi brazo.

Inela.

Tarik les ha hablado del concurso y al parecer están dispuestos a colaborar.

Taime.

Nos parece un concurso de gente que se mantiene fría como el resto de Europa. Y en general, de algunas consultas igualmente frías sobre las exigencias de paz.

Yeth.

Vamos al grano Bill. Eres extranjero. Has llegado aquí desde hace un par de meses y ya sostienes la bandera de una causa que, por lo visto no terminas de entender.

Taime.

¿Por qué de un tiempo acá han venido tantos extranjeros con buenas ideas a Sarajevo?

Inela.

Hay gente que tiene el dinero para hacerlo.

Tarik.

El proyecto se llama Miss Sarajevo.

Yeth.

El proyecto es bueno Bill. Aunque afuera todo siga costando sangre.

Inela.

Justo, no queremos hablar más de la sangre. Queremos ante poner antes del crimen a la belleza. Preguntarnos por el estigma de la belleza sometido a la condición de la guerra.

Yeth.

Bien. ¿Y de qué va el número?

Inela.

De ganar un concurso de belleza.

Taime.

¿Y el precio?

Tarik.

Ser sorprendidos por los serbios.

Inela.

Un precio no tan alto.

Tarik.

¿Les gusta?

Yeth.

Aquí no hay manera de que algo guste.

Inela.

Al final parece un desastre, quizá un poco mas esperanzador.

Tarik.

Bueno, hay cinco mujeres que quieren ser parte de esto. ¿Entienden? Formar parte de la acción. Se convocará a la prensa para la realización del concurso y vendrá

gente de todas partes. Lo saben, la guerra atrae turismo y los bosnios necesitan plata.

Yeth.

Salgo a la calle un momento. Me acerco al fuego de unas latas que arden. Siento que lloro gotas de hielo, pero no lloro nada. Bien, regresaré ahí y les diré que mi forma de hacer algo por la gente necesitada de auxilio nunca ha sido la más adecuada. Y bien, cuál es el plan con Bill Carter.

Tarik.

En Miss Sarajevo, hay cinco mujeres bosnias de cuerpos que serían perfectos, de no ser porque tienen miedo. Esto cualquiera lo entiende. Luego, comenzamos a considerar que la belleza no es la salvación para una guerra. Que la belleza, es en sí mismo la guerra.

Inela.

Me dirijo hacia el pequeño auditorio. Mis piernas se desvanecen cuando escucho el sonido de un mortero estallar a muy pocos pasos de aquí, pero llego. Dentro está Bill y está el resto de las chicas. Ensayan. Trabajan en dar sentido al movimiento, al balanceo de los brazos, a la ruta trazada de la pasarela. No podemos avanzar mucho sin antes detenernos y encender un cigarro. Fumamos todo el tiempo. Nos detenemos. Fumamos. El salón comienza a invadirse de humo.

Taime.

Nos mantenemos quietas. El ritmo de la respiración se incrementa. Ahí está Bill y están las chicas sudando. Y estoy yo, sudando. El sudor es de una fragancia compleja de definir. Huele a un mundo. Huele a un mundo que se resiste a colapsar. Luego, en ese momento, comienzan a aparecer los otros: Camarógrafos, gente de bien y gente de mal. Prensa internacional. Entonces, esto comienza. Esto comienza sonriendo. Perdiendo cada vez más los concilios de reconocernos como humanidad.

Tarik.

El certamen comienza. Las luces de los reflectores caen sobre el escenario que enmarca un letrero que dice, señorita Sarajevo 1993. Las chicas están nerviosas. Todo bosnia lo está. Bien, esto comienza a ponernos en el mapa de alguna provincia cercana con señal de televisión.

Yeth.

Las cinco mujeres son bellas. Esto sí parece un concurso de belleza. Se han sumado otros más. Se han encontrado razones para suponer que todo esto es obra del destino, o sea de dios.

Destino = Fuerza de atracción/ Dios = Guerra.

Cristianos, musulmanes, budistas y judíos.

Y bien. Aquí está la ganadora.

Taime.

Boicots. Siento que organizamos un boicot hacia nosotras mismas. Un autoboicot. Siento que nos detenemos un momento a ser observadas por hombres que se autodestruyen pensando que deben dar la vida por esta guerra, por soldados muy jóvenes frente a sus primeras incursiones de dolor, por civiles atrapados por primera vez en medio de un combate.

Inela.

En la primera entrevista he dicho que los tránsitos de estos ciudadanos por las principales arterias de la ciudad suceden gracias a la distracción de francotiradores. No sé si eso ha estado bien. Pero es la verdad, aunque a nadie le guste aceptarlo.

Taime.

Boicots/ Cenizas/ Cuentas entre musulmanes, saldadas/ Mi padre/ Mi madre/
Limpieza étnica.

Yeth.

Esto apenas comienza, Carter/ Pero tú tienes los contactos, tú tienes el nombre de Bill/ Tú tienes el teléfono de Bono en tu agenda/ ¿El organiza todo esto, cierto? El ha pagado tus cuentas.

Taime.

Bien. Está sucediendo.

Yeth.

Sí, está sucediendo y parece que no se detendrá.

Tarik.

La prensa lo transmite en vivo. Parece que lo hemos logrado.

Inela.

Hay gente que luce asombrada/ Hay gente que bate palmas: *Welcome to Sarajevo.*

Y hay otras que lo tachan escribiendo: *Welcome to hell.*

Taime.

Ambas se exhiben en las pancartas públicas. Ambas se relacionan por haber sido escritas al mismo tiempo.

Yeth.

Sí, en medio de la guerra, un certamen de belleza es una ilusión óptica. Es un esfuerzo del hombre por recobrar la cordura, por recordar que aun es necesario tener complacencias como esta de ver a cinco chicas haciendo su noche mientras las balas brillan en la cara de otras mujeres en calles aledañas a este lugar. Luego:

Tarik.

Las tres finalistas del concurso esperan la resolución del jurado.

Taime.

La resolución del jurado llega.

Yeth.

La ganadora es Inela Nogić.

Inela.

La corona también llega. Es una corona dorada con algunas incrustaciones de piedra de fantasía. Es una corona que pesa llevar. ¿Han visto? Todo es un engaño. Hay aplausos, hay expresiones de dolor y de asombro que se incrementan. Hay un amor que no se corresponde con el nuestro. Hay horror propio del cuerpo. Del destino del cuerpo de una mujer que gana un certamen de belleza en medio de la guerra.

Yeth.

Luego, las seis chicas, incluida Taime, comienzan a desplegar una manta que dice: "Don't let them kill us".

Taime.

Entonces, las risas se apagan y los rostros se congelan. Hay gente que, en ese momento, sigue bajo la mira de los francotiradores y gente que comenzará a caer lentamente, como parte de un ritual cotidiano de la muerte, consagrado a la ambigüedad de la condición de estar y no estar.

Estar/ No estar/ Estar (vuelta otra vez atrás).

Inela.

Luego, hay incendios que se organizan afuera del sitio en el que ocurre todo esto. Hay llantos y hay risas, como en la celebración nupcial de una princesa con un retardado mental, de una reina insostenible que se debilita en la medida en que comienza su reinado en un reino liquidado.

Tarik.

“Ahora todo está bien y esto ha funcionado”, dice Bill en un bar del sector cinco, cerca del túnel.

Yeth.

Luego, Taime quiere besarlo y yo estoy de acuerdo. Yo estoy de acuerdo en casi todo, pero me faltan fuerzas para seguir. Con permiso. Cruzo la avenida. Voy a mi cuarto debajo de la tierra. *El sepulcro* lo he llamado. Después, estando ya en el sepulcro, como en una provocación de seres que se forman y deforman, mi padre me habla en nombre de Tito y vuelvo a mi adolescencia en Belgrado y en la música suave de los veranos en Zagreb, muchos veranos antes —nos pareció que debíamos estar lejos por lo menos durante el verano—. “El tiempo no era un combatiente que actuara a favor de nosotros”, dijo mientras se embarcaba rodeado de mujeres en una gira de bufones y saltimbanquis bélicos. Bueno, por lo menos este tiempo no.

Taime.

Sarajevo se repetía incansablemente con la misma mueca de rabia y dolor; de inmensidad y tristeza.

Inela.

«Antes estuvimos aquí», pensaba. Nos besamos aquí. Nos metimos dentro del auto, hicimos el amor dentro del auto y, luego, a ese auto lo explotaron. Todo o la mayoría de las cosas, se quedan detrás en esta ciudad:

Is there a time to run for cover

A time for kiss and tell

Is there a time for different colours

Different names you find it hard to spell

Is there a time for first communion

A time for East Seventeen

Is there a time to turn to Mecca

Is there time to be a beauty queen

Segunda parte. Ruinas de los Juegos olímpicos de invierno

1.

Hoy he vuelto a la universidad, después de algunas semanas: un profesor de aritmética, que conozco, que no es mi profesor, pero que conozco, está tendido detrás de un depósito de agua. Insiste en pedirme ayuda porque uno de sus ojos ha salido de su órbita a causa de una esquirola, pero no puedo hacer nada. Recuerdo que yo tengo mi brazo como prueba de no haber quedado inmune. Se lo muestro. Camino más allá. Taime no está. Taime, entre otras cosas, se ha entusiasmado con el éxito que ha tenido Bill y lo ha metido a su cama.

Me gustaba hacer el amor con ella, no teníamos demasiadas precauciones y, sin embargo, nunca quedó embarazada. Eso fue bueno, le dimos a los serbios una razón menos para matar.

Camino hacia otra región de esa memoria de esta ciudad. Me desplazo y encuentro razones suficientes para detenerme a la puerta de una estancia incendiada. No pienso en mí, no pienso en los cuerpos que arden dentro. Pienso en ella. Paseo por la universidad, por este valle sombrío poblado de despojos y tomado como trinchera, como los bobsleigh, que ahora son escondite del ejército serbio y ahí pasan el día, bebiendo y violando niñas. Identificando a algunos bosniaks que caen vencidos por la gravedad, gracias a sus chicos apostados en las pistas de trineos.

Luego, en una estación de servicio suena Miss Sarajevo. Pienso: «Bono ha pisoteado nuestra dignidad con esa canción». Nos ha humillado frente al mundo.

En el video, relatan la experiencia de una tarde cualquiera en Sarajevo, es verdad. Eso pasa a diario, es verdad. Pero he visto ese video hoy mientras asomaba la nariz a la casa del vecino que se las arregla con la electricidad y, en realidad, el video no es mejor que el concurso del que ya se ha hablado antes:

Alma Catal, una adolescente canta dentro de un auto calcinado y parece que es feliz en la guerra. O sabe que no es feliz e intenta disimular que sí lo es, así hasta que algo comienza a incomodar a todos y es que no sabe si ahora Alma, esté viva o muerta.

Alma.

Eso ha sorprendido a todos. Miren, dentro de ese lugar, hay cenizas de otros cuerpos mezcladas con cenizas de autos estacionados en otras universidades del mundo que viajan hasta acá gracias a la velocidad del viento. Eso nos ha hecho aprender a reírnos lo suficiente de casi todo para que nadie tenga nada que esperar de nadie, y todo sea un absurdo glorificado que, no sobre decir, no merecíamos.

Ahora comienza la gran oportunidad para todos. Es el momento más adecuado que encuentra esta guerra para:

Sacudir con horror.

Sacudir la sombra de los muertos de nuestro propio cuerpo.

La ceniza también. Y el polvo del derrumbe de un imperio comunista.

Yeth.

En el video Alma mira una sombra que vive detrás de la cámara. Una sombra que enferma de rabia y se compadece de los cuerpos y los rostros desfigurados. Esa sombra es llamada mundo. Mundo mira la paciencia de algunos organismos para llevar a cabo sus tareas de preservación frente a la muerte. Pero Alma no lo entiende, no sabe que existe, no sabe quién en realidad la ve. Le basta con escuchar *All that she wants* de Ace of base.

Alma.

Hay un cielo blanco, muy blanco: un cielo difícil de explicar. Como un negativo sorprendido por la luz. Como una foto velada. Tengo al cielo. Tengo mis pasos. Y tengo miedo de equivocarme la dirección, aunque al final no haya forma de perderse dentro de una ciudad sitiada: los partidos de fútbol no son tan agradables desde un televisor sin luz.

Las proporciones de un baño de agua caliente pueden variar, dependiendo del momento del día; hoy, por ejemplo, no hay nada más hermoso que contemplar el bullicio de hombres y mujeres agazapados en la parte trasera de sus casas, porque han dicho que comenzarán a bombardear los sitios de reunión frecuente de los apartamentos de clase media en el distrito de Stari Grad.

Todo es una burbuja sensible al contacto con otro cuerpo/organismo. Una burbuja muy, muy sensible a ese contacto y, en el momento en el que ese contacto sucede, la burbuja hace explosión como una bomba y, como una bomba, vierte su contenido sobre nosotros.

Yeth.

Hoy, Bono ha dicho, en una entrevista para MTV, que el video de Miss Sarajevo reúne —cito—: “Las formas de esperanza para el pueblo bosnio que actualmente se limitan a las alternativas que puedan surgir de Europa y la OTAN”. He buscado a Bill, sin éxito. Le he escrito a Taime, pensando que, si puede verlo, le pida que entregue este mensaje a Bono:

El videoclip no es malo, Bono. La forma de hacer que Alma se comprometa con los escombros sí. Quiero decir, con el auto calcinado. Es angustiante recordar con esas imágenes como nos hemos preparado corriendo por las avenidas y construyendo pasajes subterráneos. La falta de suministros nos ha costado caro, pero no podemos reaccionar de forma violenta ante cualquier provocación. Ahora bien, el costo de asumirnos como suicidas en un tiempo que no alcanza a distinguir entre la noche y el día, lo hemos venido pagando. Disculpa, pero en realidad no necesitamos más.

Con cariño.

Yeth.

Alma.

El paisaje se desorbita como una nube que trae dentro los restos de esta ciudad y
Que trae dentro la información genética de nuestra descendencia: niños que
nacerán con miedo.

Yeth.

Lleva momentos de nuestra edad pasada y rostros de amigos que hemos olvidado
—porque era mejor no recordarlos así como los serbios los habían dejado—.

Taime.

En este momento, no hay nada más necesario que volver a la lógica de las
apariencias, en un campo magnético debilitado por la polución de las explosiones:

Nubes/ Esporas/ Prismas producto de las refracciones de luz.

Pulsiones. Sospecha en todas sus acepciones.

Somos tan frágiles,

somos tan inconmensurables con los días perdidos,

somos responsables de tantos atropellos y

aun así, muy pocas veces nos detenemos a mirar.

Yeth.

He buscado a Alma, me lo ha pedido Taime a través de su madre, que ahora pasa
las tardes con Bill en otro sector de la ciudad. He ido a ese barrio, el sitio donde
estaba el auto y, efectivamente, dentro se encuentra Alma cantando *All that she*

wants, que sigue jugando, y tenemos miedo hoy de que algún reportero se acerque y le haga alguna pregunta que pueda herirla:

¿Cuánto tiempo más permanecerás en este auto?

¿Dónde están tus padres?

¿Hay razones para vivir o para morir?

¿Te importaría tener que seguir soportando el inconveniente de la guerra y, si es así, por cuánto tiempo más?

Taime.

Todo es tan indiscreto amor, el mundo solo se guía por las apariencias. El mundo quiere culpables visibles. El mundo quiere ver carne sobre la mesa. Todo se acumula en las estancias de este apartamento sin agua ni suministro eléctrico de Sarajevo, que somos nosotros dos. Un apartamento donde nos amamos en días de lluvias y todo eso, y que llevamos dentro y que sus desprendimientos nos recuerdan que tenemos que salir pronto de ahí. O sea, de nosotros mismos.

—Me iré de aquí.

—Es mejor irse de aquí, Alma. Todos nos vamos alguna vez.

—¿Podrías alcanzarme ese bolso?

—Sí, ¿qué hay dentro?

—Dentro hay una venda, ¿puedes dármela?

—Sí.

—Te ataré el brazo.

—Ahora es mejor.

—No cargar el peso de tu propio brazo te ayudará. Al fin, todo resulta temporal.

—¿Te irás de aquí?

—Es mejor irse de aquí. Todos alguna vez nos vamos de aquí. Mira, el brazo te ha comenzado a sangrar.

Regreso a pensar en la penumbra, en Taime, en Bill, en Bono, en Miss Sarajevo, en Alma Catal. En la madre de Taime que sabe que Taime y yo hacíamos el amor en su cocina, donde prepara el café y los almuerzos. En Sarajevo sitiada. Y no pasa nada. Pasa como hasta ahora, una nube blanca que atrae con su fuerza todos los espejismos de esta realidad que se acerca mucho más a la idea de exterminio. Pienso en la universidad casi colapsada por los impactos de bala, en la avenida de los francotiradores, en la gente que está pasando y que no, y en cómo hemos ocupado los sitios en ruina del monte Treveric para celebrar una olimpiada de nuestra propia muerte.

Tercera parte: Godot en Sarajevo

1.

—Pensé que era buena idea venir hoy.

—Siéntate.

—Hace frío, siempre es tan frío aquí.

—¿Qué tienes para mí?

—Esto.

—¿Lo de Beckett?

—Sí. *Esperando a Godot*.

Yeth.

Mi padre recibe a Sontag en Bosnia. Hacen un viaje por la autopista que conecta Zvornik una pequeña comunidad al norte de Sarajevo. Papá, un teatrista de la bancada del teatro comunista de los 70s. abría con esto un capítulo duro de entender para asiduos y detractores:

Taime.

Abrir el tiempo, entendiendo al tiempo como la herida de la espera.

Un emplazamiento sobre el emplazamiento absurdo de la ayuda internacional.

Una espera de la espera.

Incondicional.

Yeth.

Mi padre, teatrista retirado, ha llegado con Susan Sontag al pequeño apartamento de Focanska 112. *Esperando a Godot* se proponía como un proyecto que, en todo caso, vendría a enunciar una agonía —antes ya experimentada— de nuestra escasa paciencia ante el conflicto armado más estúpidamente largo de la historia moderna.

Inela.

¿Qué se esperaba con todo esto? ¿Era una manera de desarmar a los hombres que hacen la guerra? ¿De desarmarnos nosotros mismos? Desarmen a los serbios y a los aliados. Desarmen a los hombres que avanzaron hacia Srebrenica. Pero no a Vladimir y Estragón de su paciencia.

Taime.

La propuesta era reunir escritos de toda naturaleza alrededor del tema de la espera. Documentos, sonoridades, mapas textuales, gestos sencillos, difusos, casquillos de bala, expedientes de gente que no hemos vuelto a ver y que esperamos ver pronto. No sé. Un archivo que quizá se extravía del periodismo y que asume a la realidad de la guerra como la espera de lo perdido y al teatro como su cuenta regresiva.

Yeth.

Implosiones. Manifiestos de nuestros escasos recursos anímicos. Geometrías que componen pequeños paisajes de humo.

Inela.

Arriba de ello, Beckett, como un dios que opera las 24 horas en permitir que todo suceda. Luego, de un momento a otro, las cosas se contraponen. ¿Es Clinton, es Milosevic o es Godot?

Taime.

Sontag comienza a dividir el texto, como si fuera un arma que compartían Vladimir y Estragón. Llevaba consigo un diccionario inglés/serbo-croata, ediciones rústicas de la obra en inglés y unas fotocopias aumentadas del texto en las que anotaba en lápiz la traducción bosnia.

Inela.

Me desmorono. Me desintegro. Me desvanezco.

Tarik.

Ha dicho Sontag que el sentido de la humillación probablemente sea aun mayor que su miedo. Montar una obra significa mucho para los profesionales del teatro local de Sarajevo, porque les permite ser normales, hacer lo que hacían antes de la guerra; no ser menos cargadores de agua o receptores de “ayuda humanitaria”. En Sarajevo, los afortunados son aquellos que pueden continuar desarrollando su trabajo profesional.

Yeth.

Hoy he telefoneado a Taime, preguntado cómo va todo con Bill y los chicos. Me ha dicho su madre que estaría de vuelta esta semana, pero no he tenido suerte. Le he dejado un mensaje de voz en la contestadora:

—Hola. He conocido a Susan Sontag. Está en la ciudad para hacer una obra de teatro. La ha invitado mi padre. Finalmente, el viejo ha decidido recuperarse de la

depresión y harán Esperando a Godot. Creo que sería bueno que la conocieras. Estaremos en el teatro de las juventudes por la tarde. Yo estaré ahí, ayudaré en lo que pueda. Llámame.

Vuelvo a la universidad y ese día nos prohíben el acceso. Ha caído una bomba y no será posible entrar. Temen que acaben con todas las instalaciones. Ahora, estamos pensando que el tiempo no será demasiado rápido para nadie. Pasará lento. Será duro de explicar a los niños. Y no habrá subvención para el teatro amateur.

El brazo me ha comenzado a doler. Lo saco a la ventana y lo devuelvo frío como un trozo de hielo. Abro la ventana. Miro a través de un espejo ambos laterales. Sorpresa. Las calles amanecieron blancas; el invierno está aquí. También está aquí la guerra.

Tarik.

Los ensayos comenzarán hoy que el asedio a la ciudad se ha vuelto aun más cruento y del cual comienzan a desprenderse interrogantes concretas, como:

¿Qué tipo de muerte hemos de merecer por esto?

Y la más dura:

¿Qué tipo de muerte finalmente obtendremos?

2.

La guerra, el teatro y la espera

(Habla Inés Fancovic, primera actriz de la compañía de Haris Pasovic.)

La guerra como espera de la invisibilidad/ La guerra como ejercicio de vacío.

El vacío del sentido. De la pérdida irreversible, de la pérdida del sentido de la espera.

Del dolor.

Del dolor como un ciclorama que se derrumba sobre los restos de este escenario.

El nuestro.

Cicloramas derrumbados por la tristeza.

Días negros.

Compañías teatrales que se conforman solo de actores que saben llorar y, al momento de tener que reír, vuelven al camerino y toman su lugar.

Deus ex machina de la soledad.

Un viejo teatro, que apenas resiste los últimos bombardeos, antes concurrido por largas filas de público que hoy incrementan pavorosamente la cifra de los caídos en esta guerra.

Hubiera sido mejor que vinieran al teatro a que murieran: un vacío que se trata de huir. Hubiera sido mejor que murieran como nosotros, de forma temporal en el teatro: un vacío que se trata de estar prometiendo cosas que uno tiene por cumplir,

por ejemplo, dormir bien para presentarse temprano en un ensayo y salir vivo de una función.

Ustedes entienden de eso.

Ustedes entienden de humanidad.

Ustedes entienden esa parte o, por lo menos, lo imaginan.

Tiene que ver con esperar.

¿Ya ven?

El teatro nos ha traído hasta aquí y no podemos hacer mucho para tratar evitar eso.

Uno hace lo que puede con otras cosas, pero con esto no.

Uno termina por entender el modo de relacionarse con lo imposible.

Hoy, he salido del primer ensayo de *Esperando a Godot* y me he sentido profundamente triste. Camino sobre la biblioteca en ruinas frente al río Miljacka y recupero momentos inquietantes de ese paisaje:

Un grupo de niños apostados frente a un tanque imita la marcha militar de las tropas enemigas, mientras los padres miran incrédulos desde las ventanas de los edificios cercanos y los instan a volver, pero los niños no aceptan. Nacieron sin creer en los padres, en sus nociones de lo bueno y lo malo, y en su idea de paraíso. No aceptan fácil cualquier noción de paraíso, eso es verdad. No saben que existe. A su corta edad, solo han visto la guerra. Luego, los padres entonan un coro de exclamaciones mezcladas con alguna plegaria, cada vez que el tanque avanza un poco más a ellos y, luego, retrocede. Así se mantienen por algún tiempo, hasta que finalmente el

tanque pasa por encima de algunos de ellos y se da a la fuga. "Perdió la paciencia", dice la mujer que está junto a mí, ajustándose las gafas de sol. "Perdió la paciencia. Solo eso, perdió la paciencia". En otras palabras, se ha cansado de esperar.

Pienso en el sentido de la espera en Godot. Pienso la espera de Vladimir y Estragón, acobardados frente a una ciudad sitiada por la guerra, como Sarajevo. Como esta Sarajevo que vivimos ahora, mientras intentamos hacer teatro en medio de la muerte. Y pienso en lo que sucederá cuando hayamos perdido, como el conductor de ese tanque que arrasó a los niños, nuestra digna proporción de paciencia. Me pienso a mí, ejerciendo mi profesión de actriz, en medio de un escenario debajo del cual habitan otras presencias de la historia que nos impiden irnos de aquí. Y, entonces, medito que, de alguna manera, debo seguir, como la espera, como el dolor, como el vacío, como la soledad del mundo reunido en esta sala vacía.

3.

Hijos de teatristas fallecidos/ Otras formas de entender el dolor de la guerra.

Yeth.

Vuelvo a la infancia, a las noches de terror por la ausencia de mis padres (siempre en giras por el mundo y siempre en giras por sus cuerpos ebrios) y al modo en que tuvimos que huir de Croacia cuando se acercaba la desintegración de la RFPY.

De niños, nunca conocimos Sarajevo. Nuestros padres se encontraban todo el tiempo viviendo en hoteles que conservaban aun ciertos lujos por el régimen.

Inela.

Y los camareros eran hábiles. Y los burócratas mentían con gracia. Y la gente iba al teatro con la nariz polveada y fumaba hasta quedar colmada dentro de la sala.

Yeth.

Mientras todo eso sucedía, aprendimos a construir pequeñas casas de campaña en los camerinos y, en esas casas, intentamos tener una vida a salvo de las fascinaciones utópicas de los padres. Yo pude llegar hasta esta ciudad muchos años después, cuando me encontraba en el servicio militar.

Taime.

Me sorprendió que, al llegar aquí, de las montañas bajaran pequeños zorros, marmotas y gatos de monte. Al verlos, los niños corrían tras ellos, de tal modo que siempre que veías pequeños zorros, marmotas y gatos de monte, veías niños corriendo detrás. Esa es la primera imagen que tengo de Sarajevo. Ahora no reconozco a nadie. La guerra altera la forma humana. Por eso, todos nos miramos como desconocidos.

Tarik.

Nos dijeron que no había posibilidades de continuar así, detrás de los pocos hombres que habían quedado, usándolos como escudos para detener las balas o,

mejor dicho, para que las balas se quedaran alojadas en sus corazones y no en los nuestros, que aun seguían vivos.

Inela.

La guerra era un espacio de claridad que espoleaba cualquier capacidad de vida. Detrás, se mostraban rostros antagónicos que se disolvían entre diferentes épocas. Habíamos hecho todo eso para mantenernos vivos. Para volvernos a encontrar. No queríamos que nos siguieran matando. Eso era todo.

Yeth.

Las funciones se harán por la mañana. Tendremos tiempo para decirle al resto que esto funcionará. La gente vendrá al teatro. ¿Vendrá?

Taime.

Sontag, atormentada por Godot —pero purificada por la batalla perdida de la escritura/ purificada por la rendición— remueve pesados bloques de concreto y encarna su acción en la materia pérdida, acaso acumulable, de los restos de los edificios que dejan atrás las explosiones.

Tarik.

Solo hay purificación en el fracaso. Solo hay sublimación en la pérdida humana y material. Estos son restos de techo. Estos son restos de ventana. Estos son restos de puerta. Estos son restos de muros que nos albergaban.

Inela.

Somos como dos espejos que se miran uno al otro redimensionados, y en ambos casos encuentran la misma imagen multiplicada al infinito, una espera acumulable que se entiende como inmensidad o algo más

Yeth.

Mi padre simpatizó con el comunismo. De ahí, surge mi amor a las moles de concreto como este teatro viejo.

Taime.

De ahí vienen algunos pensamientos que me remiten a un hogar de la espera. Un sitio donde se vive esperando. Donde la espera es el hogar de donde hemos sido desplazados.

Tarik.

Sontag = Piedra.

Piedra = Primera parte del primer acto de esperando a Godot.

Inela.

El gran árbol donde Vladimir y Estragón esperan es una gran piedra que se asemeja a la dimensión de una ciudad/ Asteroide.

Taime.

Sontag camina descalza sobre las ruinas de su escritorio en el Holiday. La prensa le ha preguntado qué ha venido a hacer acá. La prensa del espectáculo está encantada; en un solo mes, ha estado Bono y Sontag, Bill Carter y Brian Eno.

Yeth.

A ella le parece —porque me lo ha dicho— que otros hombres acostumbrados, en su mayoría, a vivir del periodismo han subestimado los costos de una guerra en términos de instancias habitacionales desechas.

Inela.

Amor al departamento.

Tarik.

Amor a lo caliente de la habitación.

Taime.

Amor al calefactor, aunque no ande del todo bien.

Yeth.

Amor a dormir con alguien y hacer el amor intermitentemente por las noches. Esto es: Despertar vivo, luego de dormir caliente.

Tarik.

Esperar a Godot como esperar a que Bill Clinton reaccione.

Taime.

El modo en que esta ciudad ha caído es inconfesable. Que no exista memoria de todo esto, por favor, que no exista ni un manifiesto del alma que implique recordar.

Tarik.

Susan nos ha pedido hacer un dibujo relacionado con la espera, en el ciclorama parcialmente demolido del teatro. El mío es un cuerpo lánguido que tiene por cabeza el mundo; o lo que entendemos que es el mundo. El planeta Tierra, pues. Por esa cabeza, hay espacios que atraviesan paisajes de otra lógica material: zonas baldías que comienzan a ganar terreno hasta invadir el territorio en su conjunto. Y eso, para mí, es la tristeza que implica la espera, cuando se sabe que se espera por lo que no ha de llegar.

Taime.

Los actores no alcanzan a ver los textos porque no existe la luz eléctrica. Los actores se desploman en el piso tras cualquier indicación de Sontag. Están rendidos. No pueden memorizar.

Yeth.

Hoy, después del ensayo, he vuelto a la universidad. Le he pedido a mi padre que deje de hablar durante los ensayos si es que quiere que continúe estando allá.

Suspiro, no reparo en cosas tristes, intento mantener la pulsión. Intento mantenerme al día con el número total de amigos muertos: 13. Pienso en Lucky, el sirviente de Pozzo, le pongo el rostro de un viejo combatiente que es muy blanco de la piel, tiene el cuello largo y la cabeza muy pequeña en relación al cuerpo.

Lucky.

Mis amigos han desaparecido. Antes. Bueno, antes compartimos algunos placeres. Nos gustaba quedarnos quietos, tumbados entre las piedras del estero. “Somos huérfanos de la guerra”, decían. Somos amigos, es cierto, pero antes somos huérfanos y así nos verán los demás. Nadie nos dará empleo. No nos querrá ninguna chica porque no somos divertidos ni sabemos hacer el amor. Porque estamos mudos. Ninguno de nosotros conoció a su padre. Ninguno tuvo un padre que le enseñara algo.

Yeth.

El tanque que pasó sobre esos niños que fuimos fue llamado *Abismo*. Cuando se lo dije a Taime, no me lo podía creer.

Taime.

“Abismo viene hacia mí con frecuencia”. Me dijiste. “Dispara frente a la pared de hormigón de un edificio cercano solo para manifestarse vivo. Luego, se disipa, se repliega y realiza, en silencio, el cálculo de sus propias pesadillas.”

Inela.

Esto es Sarajevo. Esto es Sarajevo en estos años de LUZ de la tristeza que se ha llevado nuestros mejores días.

Yeth.

No volveré a los ensayos, porque estar ahí implica ver a mi padre y, por lo tanto, a las primeras expresiones de horror que me dejó la infancia. Sin embargo, Sontag se ha quedado en mi memoria.

La conocí en realidad muy poco. Apoyé en lo que pude durante unos días. Después, con el tiempo, desaparecí porque así tenía que hacerlo. Luego, volví a aparecer para el estreno. Esto es así.

Me pidió mi libreta para hacer un par de apuntes. Hoy los conservo con parte de algunos otros restos de otros fragmentos, léela Taime, por favor:

Sarajevo, 4 de mayo de 1994

He estado mejorando mi visión nocturna. A veces, una línea en el tiempo se revela invisible a los ojos. No sabemos nada de ella. Únicamente sabemos que está ahí, que existe. Esa línea del tiempo, es Beckett atravesando el escenario de un teatro que se mantiene a pesar del estado de sitio. Y que ve a su paso, como fantasmas venidos de otras guerras, combatientes que han curado sus heridas y están listos para tomar sitio en la sala. “Esperamos que la obra sea buena”, dicen. Encienden un cigarrillo y se acomodan en su butaca.

Me gusta pensar que Godot es una investigación sobre el dolor y la ternura. Me gusta pensar en que alguna vez algo hace que Godot se expanda en un territorio imposible de ser pensado como nuestro. En la piedad. En la piedad que experimentó también Kosovo. De algunos suburbios de Zagreb, arrasados mucho tiempo antes de esta guerra, por otra guerra: la del hombre y su espera. Mis artículos son como la ayuda humanitaria a Bosnia y Herzegovina, pocos los conocen:

Sarajevo (My most beautiful city) se desvanece/
Humanidad desnuda de mi propia
idea de eternidad/
Mi restitución del caos y la barbarie/
Mi cuerpo como prueba de
que he sufrido/
Comienzo sobre la cama/
Poco a poco me desprendo la ropa del
cuerpo/
Tomo el teléfono del hotel 134 del Holiday Inn, pero nadie responde, hoy
me voy de Sarajevo. Dejo un poema escrito en la pared:

*desarmes de mí,
de los nuestros en una ciudad cuya belleza supera
el paso de las explosiones*

Yeth.

En el verano de 1994, regresé a Sarajevo para el estreno de Godot. Algo andaba mal, lo sabíamos todos. Durante la tarde, corría un viento extraño, los insectos llenaban las estancias y todo era gris como en el invierno. El Sol salía muy poco. Salí de Odzak a las 12:30. En el camino, encontré muchos animales que habían sido atropellados en la carretera.

¿Eso también era una señal? Conejos, lobos, pequeños zorros, marmotas y gatos de monte. Me aterraba la idea de pensar que después de algún tiempo pudiéramos encontrar también a los niños, que generalmente corrían detrás de ellos. Así que frené y pensé en volver.

Busqué un sitio para telefonar a mi padre. Marqué el número de casa. Tomó la llamada mi madre. Supe, después de sus primeras palabras, que esa tarde había muerto. Comencé a notar que mi brazo, a pesar de encontrarse repuesto, no alcanzaba a sujetar el peso mínimo del teléfono. Entonces supe: El peso de los objetos es proporcional al dolor.

Afuera, un niño me veía de frente. Junto a él, otro más se embarcaba imaginariamente en un tren. Y, en el tren, ambos huían, no sé bien de qué...